

El cristiano «alter Christus-ipse Christus»

Sacerdocio común y sacerdocio ministerial en la enseñanza
del beato Josemaría Escrivá de Balaguer ¹

JOSE LUIS ILLANES

«Cristo Señor, pontífice tomado de entre los hombres (cfr Hb 5,1-5), de su nuevo pueblo hizo ...un reino y sacerdotes para Dios, su Padre (Apc 1, 6). Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz». Con estas palabras comienza el número que la Constitución *Lumen gentium* destina a hablar del sacerdocio común o real ², sin duda alguna uno de los más significativos de la Constitución conciliar.

Este pasaje de la *Lumen gentium* presupone, como toda afirmación sobre el sacerdocio cristiano, un amplio trasfondo que, reducido a sus líneas básicas, podemos resumir en los siguientes puntos:

a) En primer lugar y como horizonte antropológico e histórico, ese ansia de reconciliación que marca el conjunto de la historia humana, y con particular intensidad la historia de Israel: es decir, esa conciencia de escisión, de dramaticidad, de ruptura que impulsa a desear una situación de armonía, en la que se restablezca la unidad del hombre con el mundo y con Dios, y mueve, en consecuencia, a acudir a la benevolencia divina sea, en ocasiones, directamente sea, en otros momentos, a través de un mediador, de un sacerdote, de alguien que pueda hablar a Dios en nombre de los hombres y a los hombres en nombre de Dios;

1. El presente escrito recoge, reelaborado, el texto de una conferencia que pronuncié en Valencia, el 10 de marzo de 1992, en el salón de actos de la Facultad de Teología de esa ciudad; la conferencia había sido organizada por la Biblioteca Sacerdotal Almudí como parte de los actos surgidos con motivo de la beatificación de Mons. Escrivá, que tuvo lugar poco después, el 17 de mayo de 1992.

2. Conc. Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 10.

b) En segundo lugar, y radicalmente, Cristo, en quien toda esa historia culmina. Jesús, «pontífice tomado de entre los hombres», como señala la carta a los Hebreos en texto arriba citado, constituido a la vez en sacerdote y víctima, ofrece el sacrificio de su propia vida, restaurando de modo definitivo la unión de la humanidad con Dios. A partir de la muerte de Cristo, la humanidad es ya humanidad redimida, reconciliada; humanidad que ha recuperado su centro y que puede, en consecuencia, apoyarse en él, radicarse en él, vivir de él;

c) En tercer lugar, una consecuencia que deriva de todo lo anterior: no son ya necesarios nuevos sacrificios, sino, como reitera una y otra vez la carta a los Hebreos, la incorporación al único y definitivo sacrificio de Cristo. Todo cristiano, en la medida en que está unido a Cristo, participa de los frutos de su sacerdocio; más aún, ha sido constituido, como subrayan los escritos apostólicos, en sacerdote de su propio cuerpo, de su propia existencia, que puede convertir, por la fe, el amor y la entrega, en hostia viva y agradable a Dios³. Precisamente porque la reconciliación es una realidad ya alcanzada, todo cristiano, que participa de la fuerza reconciliadora que dimana de Cristo, es real y verdaderamente sacerdote y la totalidad de su existencia, en la medida en que se fundamenta en el existir de Cristo, tiene valor sacerdotal;

d) Una cuarta y última consideración completa lo dicho: todo el existir cristiano posee, ciertamente, carácter sacerdotal, pero precisamente, como acabamos de decir, en cuanto que participa de la fuerza reconciliadora que dimana de Cristo. La condición sacerdotal del cristiano deriva de su vinculación a Cristo y esta vinculación nos remite a su vez a una particular acción de Cristo: Cristo Jesús, cabeza de la Iglesia, se hace presente ella a través de personas singulares, a quienes escoge como ministros, a fin de transmitir su gracia al conjunto de los cristianos y convertir sus existencias en existencias sacerdotales. Por eso la economía cristiana implica, junto al sacerdocio real o común —es decir, el sacerdocio de la propia vida, al que hace un momento nos referíamos—, una segunda manifestación del sacerdocio, a la que designamos como sacerdocio ministerial. Sacerdocio común y sacerdocio ministerial se nos presentan, en suma, como dos realidades complementarias, íntimamente relacionadas entre sí, que estructuran internamente a la Iglesia haciendo de toda ella un cuerpo sacerdotal para la salvación del mundo.

Las afirmaciones que acabamos de consignar no son sino un resumen de la doctrina que formuló la *Lumen gentium* y que poste-

3. Cfr. 1 P 2, 5; Rm 12, 1.

riormente ha sido reiterada en diversas intervenciones magisteriales y glosada en numerosas publicaciones ⁴. Esta doctrina constituye, por lo demás, el punto de llegada de las reflexiones que en torno al sacerdocio cristiano se desarrollaron a lo largo de la primera mitad de nuestro siglo, especialmente en los años treinta y en los inmediatamente posteriores al fin de la segunda guerra mundial. El análisis de esa historia evidencia que la reafirmación del sacerdocio común que entonces tuvo lugar, fue fruto de factores no sólo científico-teológicos sino apostólicos y espirituales; más aún, puede decirse que el impulso desencadenante de todo ese proceso provino no tanto de los estudios bíblicos y patrísticos cuanto de la experiencia eclesial, de manera que los estudios exegéticos e históricos, que fueron sin duda alguna decisivos, surgieron precisamente como consecuencia de una previa realidad vivida, que se deseaba fundamentar y explicar ⁵.

Nuestra intención en estas páginas es, precisamente, analizar la enseñanza a este respecto de uno de los protagonistas principales de la historia reciente de la espiritualidad cristiana, Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. En sus escritos encontramos, en efecto, amplias referencias explícitas a la condición sacerdotal del cristiano, pero sobre todo, y en la base, una decidida proclamación de esa vocación y misión del seglar o cristiano corriente, que fue, como hemos dicho, uno de los factores decisivos en orden a la moderna reafirmación del sacerdocio real. De ahí que empezaremos resumiendo su enseñanza sobre el carácter vocacional de la condición cristiana, para pasar después a considerar sus referencias directas al sacerdocio común.

CARÁCTER VOCACIONAL DE LA CONDICIÓN CRISTIANA

Como en otros muchos puntos, también en este tema resulta oportuno comenzar la exposición evocando ese acontecimiento fundamental en la vida del beato Josemaría Escrivá que fue el 2 de octu-

4. Ver, por ejemplo, limitándonos a los actos magisteriales, las frecuentes alusiones al tema en las cartas dirigidas por Juan Pablo II a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, particularmente la *Novo incipiente*, de 1979, así como las Exhortaciones apostólicas *Christifideles laici*, n. 14, y *Pastores dabo vobis*, n., 17.

5. Así, por citar un ejemplo significativo, Paul Dabin al comienzo de sus libros —cruciales en toda esta historia— sobre el sacerdocio real en la Escritura y en la tradición (*Le sacerdoce royal des fideles dans les Livres saints*, París 1941, y *Le sacerdoce royal des fideles dans la tradition ancienne et moderne*, París 1950), remite expresamente a su actividad pastoral en grupos de Acción Católica, presentando esa experiencia, con lo que implica de reflexión sobre la condición laical, como un estímulo decisivo para el estudio teológico que se sintió movido a realizar. Y lo mismo ocurre respecto a otros muchos escritos de la época.

bre de 1928, cuando, en la serenidad de una jornada del otoño madrileño, mientras meditaba durante unos días de retiro, comprendió qué era lo que Dios esperaba de él: que dedicara su vida a promover entre cristianos corrientes, de las más variadas profesiones y condiciones sociales, la búsqueda de la santidad y el ejercicio del apostolado en medio del mundo, tomando ocasión de las incidencias de la vida diaria. Unos años más tarde, el 7 agosto de 1931, mientras celebraba la Misa, al llegar el momento de la consagración, vinieron a su memoria las palabras de Jesús recogidas en el capítulo 12 del Evangelio de San Juan, que había leído poco antes: *cum exaltatus fuero a terra omnia traham ad meipsum*, «cuando sea levantado sobre la tierra todo lo atraeré hacia mí»; entendió entonces que Cristo quiere ser levantado sobre la tierra, ser llevado a toda la tierra y a las más variadas actividades humanas, a través de los cristianos, que identificados con El, formando una sola cosa con El, lo hagan presente en las encrucijadas de la historia humana ⁶.

Esta es la vocación y misión del cristiano, de todo cristiano y más específicamente del cristiano corriente a quien Dios quiere en medio del mundo, santificándose y santificando a los demás en y a través de la santificación de las realidades terrenas. Incorporado a Cristo, formando una sola cosa con Cristo, el cristiano lleva a Cristo consigo, haciéndolo presente en los ambientes y actividades que conforman y estructuran su vida y contribuyendo de esa forma a que el mundo entero, vivificado por el espíritu de Cristo, vaya hacia Dios Padre. De ahí fluye, en el pensamiento y en los escritos del beato Josemaría, una visión de la historia que, implícita en la experiencia de agosto de 1931, se reflejará después en textos de muy diversas épocas.

Uno de los más antiguos —separado sólo pocos meses del acontecimiento originario— está constituido por el número 301 de *Camino*, que dice así: «Un secreto. —Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos. —Dios quiere un puñado de hombres «suyos» en cada actividad humana. —Después... “pax Christi in regno Christi” —“la paz de Cristo en el reino de Cristo” ⁷. En años posteriores estas mismas ideas, esta visión de la historia como momento confiado por Dios al cristiano, con la consiguiente invitación

6. Sobre este texto joánico y su importancia en la vida y la predicación de Mons. Escrivá, ver P. Rodríguez, «*Omnia traham ad meipsum*». *Il significato di Giovanni 12, 32 nell'esperienza spirituale di Mons. Escrivá de Balaguer*, en «*Annales theologici*», 6 (1992) 5-34.

7. *Camino*, n. 301. La versión definitiva de *Camino* vio la luz en 1939; una versión anterior, más breve y con el título de *Consideraciones espirituales*, fue editada en 1934, pero circuló, algo más reducida y a multicopista, desde 1932; el punto al que nos referimos estaba presente ya en la versión de 1932.

a una santidad que, radicando en lo hondo del corazón, reverbere en los comportamientos y en las acciones informando así las realidades temporales, fue dando lugar a textos cada vez más elaborados. De entre ellos, seleccionemos uno, que se encuentra en una homilía de 1966, dedicada a la Resurrección de Cristo: «Hemos de amar el mundo, el trabajo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera esa paz. Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios»⁸.

La historia se nos presenta, en suma, como un proceso de reconciliación, como una historia en cuyo inicio se produjo, como consecuencia del pecado, una ruptura de la unidad primitiva, pero en la que opera la gracia ganada por Cristo, que, transformando los corazones, da frutos de unidad y armonía. Y en mitad de esa historia se encuentra el cristiano, llamado a insertar en ella su propio tiempo y su propia vida. De ahí la exhortación con que se inicia *Camino*: «Que tu vida no sea una vida estéril. — Sé útil. — Deja poso. — Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor. (...) — Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón»⁹.

Esta exhortación, y otras análogas, están formuladas, en los escritos de Mons. Escrivá de Balaguer de cara no sólo de los grandes acontecimientos que marcan hitos en la historia humana, sino también — e importa mucho notar lo — a los sucesos pequeños y cotidianos. El mensaje del Fundador del Opus Dei es, sin duda alguna, un mensaje que, como todo pensar profundo, afecta a la totalidad de las dimensiones de la vida, incluyendo por tanto las perspectivas sociales y colectivas; pero no es un mensaje centrado en lo histórico-social. Su punto de mira fue siempre el hombre singular concreto, al que quería comunicar el gran anuncio evangélico del amor de un Dios que, siendo infinito, se ha hecho pequeño: de un Dios que ha asumido la condición humana ciertamente en lo destacado y en lo dramático, pero también en lo sencillo y común; el mismo Dios que lleva su entrega hasta la muerte, y muerte de cruz, es el que se hace niño y trabaja en Nazaret¹⁰.

8. *Es Cristo que pasa*, n. 112; ver también *Conversaciones*, n. 114.

9. *Camino*, n. 1.

10. Entre los muchos textos en los que Mons. Escrivá subrayó el valor redentor y revelador de la vida sencilla de Jesús, ver la homilía navideña *El triunfo de Cristo en la humildad*, recogida en *Es Cristo que pasa*, nn. 12-21.

El Evangelio nos revela que poseen valor no sólo los momentos estelares del vivir de la humanidad o de cada vida concreta, sino todos y cada uno de los instantes del existir. La historia no está constituida sólo por acontecimientos-cumbre, sino por un sucederse de acciones, brillantes unas, aparentemente vulgares las otras, que, todas unidas, la dotan de fisonomía y de consistencia. La «grandeza de Dios» se ha hecho presente en lo pequeño, y en consecuencia lo pequeño se ha hecho grande: todas y cada una de nuestras acciones, unidas a Cristo, están dotadas de «eficacia redentora»¹¹.

Desde esta perspectiva la predicación de Mons. Escrivá entronca derechamente con el texto —clave para la doctrina sobre el sacerdocio real— en el que San Pablo, en su Carta a los Romanos, afirma que el cristiano debe ofrecer su propio cuerpo, su propia vida, como hostia viva y agradable a Dios; y más todavía con aquél otro en el que el apóstol, escribiendo esta vez a los de Corinto, exclama: «ora comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios»¹².

De ahí la doctrina, ampliamente glosada en *Camino*, sobre el valor de las cosas pequeñas: todo momento está dotado de sentido, todas las acciones humanas, aun las más insignificantes, pueden, por el amor, adquirir dimensiones de eternidad, y recibir, en Cristo y por Cristo, «eficacia redentora», según frase ya citada¹³. Porque, como puede leerse en la homilía sobre la Resurrección, a continuación precisamente de uno de los textos antes referidos, «cada situación humana es irrepetible, fruto de una vocación única que se debe vivir con intensidad, realizando en ella el espíritu de Cristo. Así, viviendo cristianamente entre nuestros iguales, de una manera ordinaria pero coherente con nuestra fe, seremos *Cristo presente entre los hombres*»¹⁴, y la reconciliación por Cristo alcanzada redundará en el hoy de la historia.

IDENTIFICACIÓN CON CRISTO

El cristiano es, debe ser, Cristo presente entre los hombres, pero a una condición: que Cristo esté presente en él. Todo lo que acabamos de decir, y todo lo que podría decirse sobre el sentido redentor y sacerdotal de la existencia cristiana, presupone en efecto la identifi-

11. *Es Cristo que pasa*, n. 18.

12. 1 Co 10, 31; comentarios en *Es Cristo que pasa*, n. 48, y *Conversaciones*, n. 115.

13. Cfr. nota 11; sobre el valor de las cosas pequeñas, ver especialmente *Camino*, nn. 813 ss.

14. *Es Cristo que pasa*, n. 112.

cación del cristiano con Cristo. Así lo percibió con gran claridad el beato Josemaría Escrivá en la experiencia del 7 de agosto de 1931, que está sirviendo de guía a nuestras reflexiones: Cristo quiere que se le levante en la cumbre de las actitudes humanas, no meramente con signos exteriores o con gestos y actitudes confesionales, sino, mucho más radicalmente, a través de las vidas de los cristianos. Es la santidad personal, la real y auténtica incorporación del cristiano a Cristo, lo que hace a Cristo presente entre los hombres.

a) *Identificación con Cristo y condición sacerdotal*

Esta fuerte insistencia de Mons. Escrivá en la identificación del cristiano con Cristo, le llevó a retomar, y en parte a dar una nueva carga de sentido, a una expresión que, proveniente de una tradición anterior, había sido ampliamente difundida por los autores espirituales franceses del siglo XVII: el sacerdote es otro Cristo, *alter Christus*. En los autores aludidos, y en otros posteriores, esa expresión es aplicada al sacerdocio ministerial: en ocasiones, para indicar que en los ritos sacramentales el sacerdote —el presbítero— no obra en nombre propio, sino en nombre de Cristo, a quien hace presente; en otros momentos, para recalcar que el presbítero, enviado por Cristo a cuidar de la grey, debe vivir según el espíritu de Cristo de manera que su comportamiento refleje real y verdaderamente la actitud de Cristo, a quien representa como pastor y cabeza de la comunidad cristiana.

Josemaría Escrivá de Balaguer conocía, como es lógico, ese uso de la expresión *alter Christus*; más aún, lo recogió e hizo suyo en más de una ocasión a lo largo de toda su vida¹⁵. Al mismo tiempo no vaciló en servirse de esos términos para aplicarlos no sólo al sacerdote ministerial sino a todo cristiano: todo cristiano es *alter Christus*; más aún, dirá con frase fuerte, *ipse Christus*. «La Semana Santa —leemos en una homilía pronunciada un Viernes Santo— no puede reducirse a un mero recuerdo, ya que es la consideración del misterio de Jesucristo, que se prolonga en nuestras almas; el cristiano está obligado a ser *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo. Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, *para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo* (1 P 2, 5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios,

15. Ver, por ejemplo, entre los escritos iniciales, *Camino*, n. 66, y, entre los de los últimos años de su vida, la homilía *Sacerdote para la eternidad*, de 1973, recogida en *Amar a la Iglesia*, Madrid 1986, pp. 61-80.

perpetuando así la misión del Dios-Hombre»¹⁶. «Cada uno de nosotros —afirma en otra homilía, esta vez con ocasión de la fiesta de la Ascensión— ha de ser *ipse Christus*. El es el único mediador entre Dios y los hombres (cfr 1 Tm 2, 5); y nosotros nos unimos a El para ofrecer, con El, todas las cosas al Padre»¹⁷.

Como puede advertirse, la afirmación del cristiano como *ipse Christus* va, en la enseñanza del beato Josemaría Escrivá, mucho más allá de la simple imitación entendida en un sentido exclusiva o predominantemente moral, para radicarse a nivel de la ontología de la gracia: el cristiano es otro Cristo, el mismo Cristo, porque, incorporado a Cristo, participa de su destino y reproduce en su vida el misterio de entrega, muerte y resurrección que caracterizó la existencia de Jesús. El dicho paulino «no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí»¹⁸ constituyó de hecho punto de referencia frecuente tanto en su meditación como en su predicación, en las que aparece siempre con el hondo realismo que ese dicho posee en los escritos apostólicos, ya que —son palabras suyas— «la vida de Jesucristo, si le somos fieles, se repite en la de cada uno de nosotros de algún modo», ante todo «en su proceso interior», en la santificación, y después, y como reflejo, «en la conducta externa»¹⁹.

El cristiano puede, en suma, hacer presente a Cristo en el mundo, ser *alter Christus, ipse Christus*, porque, de hecho, en virtud de la gracia, Cristo ha tomado posesión de él. Lo que, obviamente, sitúa todo el conjunto de la enseñanza en una perspectiva sacramental, cuestión en la que debemos ahora detenernos.

b) Identificación con Cristo y economía sacramental

La predicación de Josemaría Escrivá de Balaguer tuvo, en todo momento, un fuerte acento sacramental, con particular referencia, en la cuestión que ahora nos ocupa, a esos dos sacramentos básicos que son el Bautismo y la Eucaristía²⁰.

El Bautismo, en primer lugar, porque su acción pastoral aspiró, en todo momento, a provocar una toma conciencia personal y viva de cuanto la gracia bautismal implica. Intentando describir de forma

16. *Es Cristo que pasa*, n. 96.

17. *Es Cristo que pasa*, n. 120.

18. Ga 2, 20.

19. *Forja*, n. 418; comentarios a Ga 2, 20 en *Es Cristo que pasa*, nn. 58 y 103 y *Amigos de Dios*, n. 297.

20. Junto a estos dos sacramentos esenciales de la iniciación cristiana, un tercer sacramento fue objeto constante de su predicación: el de la Penitencia. No haremos, sin embargo, referencia a él, por no ser un sacramento consecratorio-sacerdotal y exceder por tanto de nuestro tema.

gráfica los efectos que producía la predicación de Mons. Escrivá en quienes le rodeaban durante los años iniciales de su sacerdocio, un autor empleó una expresión que los describe muy acertadamente: «encontrarse siendo cristiano»²¹. La España en la que vivía y actuaba el joven don Josemaría Escrivá de Balaguer, es decir, la España de los años 1928 y siguientes, estaba caracterizada por un ambiente mayoritariamente católico; su actividad pastoral tenía pues por destinatarios a personas no sólo bautizadas, sino que se declaraban cristianas, aunque su cristianismo fuera, en más de una ocasión, un tanto formal: una realidad en la que se vive y que se acepta con sinceridad, pero sin advertir del todo su hondura y su riqueza. Su predicación y su trato de almas aspiraban en consecuencia —como lo manifiesta el prólogo de *Camino*: «voy a remover en tus recuerdos para que se alce algún pensamiento que te hiera...»— a despertar lo que estaba latente, de manera que quienes le escuchaban, se «encontraran siendo cristianos»: superaran el sentimiento de lo habitual, rutinario o acostumbrado y advirtieran, con conmoción interior, la novedad y riqueza de vida que el Bautismo ha introducido en el alma, y se dispusieran a dejarse informar por ella²².

Junto al Bautismo, la Eucarística como momento privilegiado para desarrollar la gracia recibida en el bautizo y conseguir que la relación con Cristo sea viva, íntima, personal. La Eucaristía, la presencia real de Cristo en el Sagrario y, más aún, la renovación de la entrega de Jesús que implica la celebración de la Misa, impresionaron profundamente al joven Josemaría Escrivá de Balaguer, ya desde sus años de seminario, en Logroño y en Zaragoza, y más aún desde que, en 1925, recibiera la ordenación sacerdotal. Un punto de *Camino*, de claro sabor autobiográfico, resume bien esos sentimientos: «Humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario... —Pero más humillación y más anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo, y que en Nazaret y que en la Cruz. Por eso, ¡qué obligado estoy a amar la Misa! (“Nuestra” Misa, Jesús...)»²³. La Misa es, realmente, *nuestra* Misa: no mero espectáculo que se contempla o mero rito al que se asiste, sino encuentro que se vive con

21. R. Gómez Pérez, *Encontrarse siendo cristiano*, en AA.VV., *Doctrina y vida*, Madrid 1971, pp. 69 ss.

22. Uno de los puntos de *Camino* refleja bien la situación a la que acabamos de referirnos: «Padre —me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central—, pensaba en lo que usted me dijo... ¡que soy hijo de Dios! y me sorprendí por la calle, ‘engallado’ el cuerpo y soberbio por dentro... ¡hijo de Dios!» Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la “soberbia”» (*Camino*, n. 274) Sobre *Camino*, su estilo y su contexto histórico, ver AA.VV., *Estudios sobre «Camino»*, Madrid 1988.

23. *Camino*, n. 533.

conciencia de la vinculación que ese encuentro crea —debe crear— entre Cristo que se entrega y quienes, en la fe, acogen ese don que Jesús hace de Sí mismo.

Esta vivencia del realismo sacramental, esta advertencia de lo que el Bautismo y la Eucaristía implican, constituyen el trasfondo de toda la predicación del beato Josemaría sobre la identificación entre el cristiano y Cristo. El propio Mons. Escrivá lo remarcó con claridad, en párrafos particularmente densos, en varias de sus homilías de los años sesenta. Citemos algunos, comenzando por uno, tomado de la ya citada homilía sobre la Resurrección: «El cristiano —escribe— se sabe injertado en Cristo por el Bautismo; habilitado a luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a obrar en el mundo por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo; hecho una sola cosa con Cristo por la Eucaristía, sacramento de la unidad y del amor. Por eso, como Cristo, ha de vivir de cara a los demás hombres, mirando con amor a todos y cada uno de los que le rodean, y a la humanidad entera»²⁴. «No es posible —continúa poco después— separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor», y, análogamente, tampoco es posible separar en el cristiano su condición de hijo de Dios y su misión redentora: «con nuestras miseria y limitaciones personales, somos otros cristos, el mismo Cristo, llamados también a servir a todos los hombres»²⁵.

Casi con las mismas palabras se expresa en otra homilía, también ya citada, la dedicada a la fiesta de la Ascensión, en párrafo que retoma las mismas ideas del anterior, pero señalando expresamente su conexión con el sacerdocio común de los fieles. «Apóstol —escribe— es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por el sacerdocio común de los fieles, que confiere una cierta participación en el sacerdocio de Cristo, que —siendo esencialmente distinta de aquella que constituye el sacerdocio ministerial— capacita para tomar parte en el culto de la Iglesia, y para ayudar a los hombres en su camino hacia Dios, con el testimonio de la palabra y del ejemplo, con la oración y con la expiación». Por eso —concluye— «cada uno de nosotros ha de ser *ipse Christus*. El es el único mediador entre Dios y los hombres; y nosotros nos unimos a El para ofrecer, con El, todas las cosas al Padre»²⁶.

El cristiano, identificado con Cristo gracias a ese proceso que se inicia con el Bautismo y se consolida con el reiterarse cíclico de la

24. *Es Cristo que pasa*, n. 106.

25. *Ibid.*

26. *Es Cristo que pasa*, n. 120.

Eucaristía, participa de la misión de Cristo, y por tanto de su sacerdocio. En virtud de la radicación en Cristo que los sacramentos operan, el existir cristiano tiene valor sacerdotal, y debe ser vivido con actitud sacerdotal, es decir, de cara a la humanidad entera.

ALMA SACERDOTAL Y MENTALIDAD LAICAL

Estas últimas observaciones, que nos orientan hacia consideraciones de carácter ascético, nos permiten dar un paso adelante, e introducir una de las expresiones más usadas por Mons. Escrivá de Balaguer en conexión con el sacerdocio común de los fieles: «alma sacerdotal».

«Afirmas —leemos en *Surco*— que vas comprendiendo poco a poco lo que quiere decir “alma sacerdotal”... No te enfades si te respondo que los hechos demuestran que lo entiendes sólo en teoría. —Cada jornada te pasa lo mismo: al anochecer, en el examen, todo son deseos y propósitos; por la mañana y por la tarde, en el trabajo, todo son pegas y excusas. ¿Así vives el “sacerdocio santo, para ofrecer víctimas espirituales, agradables a Dios por Jesucristo”?»²⁷. Y en *Forja*: «Si actúas —vives y trabajas— cara a Dios, por razones de amor y de servicio, con alma sacerdotal (...) toda tu acción cobra un genuino sentido sobrenatural, que mantiene unida tu vida entera a la fuente de todas las gracias»²⁸.

En labios del beato Josemaría Escrivá la expresión «alma sacerdotal» alude, como ponen de relieve los dos textos citados y otros paralelos, a la repercusión a nivel existencial y espiritual de esa realidad ontológico-sacramental que es el sacerdocio real. El cristiano, todo cristiano, debe tener no sólo conciencia de participar en el sacerdocio de Cristo, sino una conciencia viva y eficaz, que se transforme en «alma», en principio inspirador y motor de la totalidad de las acciones.

El alma sacerdotal, la conciencia de participar en el sacerdocio de Cristo a través precisamente de la propia vida impulsa, en primer lugar y ante todo, a ofrecer a Dios esa vida, viviendo con actitud de adoración, de alabanza, de amor todas las acciones a través de las cuales la vida se encauza y desgrana; en segundo lugar, a infundir en esa misma vida un hondo sentido apostólico, que lleve a orientar la existencia entera hacia el servicio y la santificación de los demás; en tercer lugar —sacerdocio y sacrificio están íntimamente relacionados—, a asumir con actitud de entrega y reparación el dolor y el sufrimiento que acompañan de hecho, inevitablemente, al existir

27. *Surco*, n. 499.

28. *Forja*, n. 369.

humano. «Ejercitáis ese espíritu sacerdotal —afirmaba, en efecto, el beato Josemaría Escrivá—, al ofrecer a Dios el trabajo, el descanso, la alegría y las contrariedades de la jornada, el holocausto de vuestros cuerpos rendidos por el esfuerzo del servicio constante. Todo eso es *hostia viva, santa, grata a Dios, ése es vuestro culto racional* (Rm 12, 1)».

Es propio del alma sacerdotal —reiteraba también— hacer que «la vida entera se convierta en una alabanza a Dios: oración y reparación constantes, petición y sacrificio por todos los hombres»; «y todo esto —añade, con expresión que ahora deseamos subrayar—, en íntima y asidua unión con Cristo Jesús, en el Santo Sacrificio del Altar». El alma sacerdotal, esa conciencia viva de la condición sacerdotal cristiana que debe informar la totalidad de la existencia, se nutre, en efecto, de la Eucaristía: de la participación activa, con todo el corazón, en ese rito que, actualizando el sacrificio de Cristo, permite que entremos en comunión con sus sentimientos y con su vida²⁹.

Podríamos ampliar las consideraciones apuntadas sea alegando otros textos de Mons. Escrivá de Balaguer, sea prolongando por nuestra cuenta la reflexión. No parece necesario, sin embargo, ya que el alcance de la expresión «alma sacerdotal» y sus implicaciones quedan, con lo dicho, suficientemente claros. Será más útil intentar esbozar, antes de seguir adelante, un primer balance. Porque el conjunto de los textos que hemos citado y analizado hasta ahora pone ya de manifiesto la riqueza de matices que poseen las enseñanzas del Fundador del Opus Dei sobre el sacerdocio común de los fieles. Resulta claro a la vez que a este respecto hubo en el beato Josemaría Escrivá —como, según ya apuntamos, en la conciencia cristiana de toda la primera mitad de nuestro siglo— una evolución o desarrollo, que, partiendo de afirmaciones vivas y directas, fue llevando progresivamente a formulaciones cada vez más técnicas y elaboradas. El contacto personal con los textos bíblicos, la experiencia pastoral y, muy especialmente, la luz recibida el 2 de octubre de 1928, precedieron —también en la vida personal del Fundador del Opus Dei— a la reflexión doctrinal y teológica.

Se advierte, a la vez, que si bien no faltan ocasiones en las que Mons. Escrivá se ocupa del sacerdocio común considerándolo en sí mismo, y por tanto analizando lo que implica en todo cristiano sea cual sea su posición eclesial, más frecuentemente se refiere a él contemplándolo en el seglar o cristiano corriente y, por tanto, subrayando cómo se encarna y despliega en la condición laical. Cosa

29. Sobre todo este tema, ver M.M. Otero, *El «alma sacerdotal» del cristiano*, en AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Pamplona 1985, pp. 293-319, de donde están tomadas las frases de Mons. Escrivá, recién reproducidas.

lógica —supuesta esa conexión entre doctrina y vida a la que acabamos de aludir— en quien, desde el 2 de octubre de 1928, consagró su existencia a la promoción de la santidad y el apostolado en medio del mundo, a suscitar entre hombres y mujeres de las más variadas condiciones la conciencia de estar llamados a santificarse y a dar testimonio de Cristo precisamente en y a través del ejercicio de las profesiones y tareas que constituyen el entramado de la común condición humana.

La doctrina sobre el sacerdocio real se une, por tanto, en la predicación del Fundador del Opus Dei, a la afirmación del sentido cristiano de la vida ordinaria, del valor santificable y santificador del trabajo, del matrimonio como camino vocacional, etc., etc., adquiriendo, a través de todo ello, su fisonomía acabada. No podemos, como es lógico, proceder ahora a una consideración detallada de esos puntos de su mensaje espiritual: baste con remitir a algunos de los muchos estudios ya aparecidos³⁰. Hay un dato, sin embargo, que debe ser reseñado, pues está relacionado directamente con la expresión «alma sacerdotal».

Ese dato es el siguiente: con gran frecuencia, en la predicación y en los escritos del beato Josemaría Escrivá la expresión «alma sacerdotal» aparece unida a otra, que es presentada como complementaria: «mentalidad laical». Todos los cristianos a los que sus palabras se dirigían, sacerdotes seculares o seculares entregados a las más variadas profesiones y tareas, han de tener —afirma repetidas veces— «alma sacerdotal», conocimiento experiencial y vivo de su vinculación al sacerdocio de Cristo; pero también, e inseparablemente, «mentalidad laical», conciencia del valor y densidad de las realidades seculares, con el talante humano y el sentido de la libertad y responsabilidad personales que de ahí derivan³¹.

Ambas actitudes, con todo el conjunto de disposiciones que las integran, deben, en efecto, unirse en la mente y el corazón del cristiano, particularmente si se trata de un cristiano llamado a santificarse en medio del mundo. La ausencia de cualquiera de ellas implica desarreglo, deformación de la verdadera actitud cristiana: una mentalidad laical que no estuviera informada por el alma sacerdotal, desembocaría en laicismo, en un sentido equivocado de la laicidad; un alma sacerdotal que no se expresara a través de un

30. AA.VV., *La vocación cristiana*, Madrid 1975; J.L. Illanes, *La santificación del trabajo*, Madrid 1980; AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, cit.; P. Rodríguez, *Vocación, trabajo, contemplación*, Pamplona 1986; D. Le Tourneau, *El Opus Dei*, Barcelona 1986; C. Fabro, S. Garofalo y M.A. Raschini, *Santos en el mundo*, Madrid 1993.

31. Para una descripción de la «mentalidad laical», tal y como Mons. Escrivá la entiende, remitamos a sus propias palabras en *Conversaciones*, n. 114.

actuar desarrollado con mentalidad laical, llevaría al clericalismo. La unión de ambas da origen en cambio a una actitud cristiana cabal: la disposición de ánimo que impulsa a ese hacer presente a Cristo en todas las actividades humanas que el beato Josemaría entreviera en la experiencia del 7 de agosto de 1931; a ese llevar el mundo hacia Dios desde dentro del mundo mismo al que está llamado el cristiano corriente en virtud de su sacerdocio real.

SACERDOCIO COMÚN Y SACERDOCIO MINISTERIAL

Repetidas veces, al exponer, en las páginas que preceden, las enseñanzas del Fundador del Opus Dei sobre el sacerdocio real o común, ha sido necesario aludir, aunque fuera de pasada, al sacerdocio ministerial: no podía ser de otra manera, dada la íntima conexión existente entre esas dos participaciones en el único sacerdocio de Cristo. Nuestra exposición quedaría, no obstante, incompleta si no nos enfrentáramos directamente con este aspecto del problema; hagámoslo, pues, aunque sea brevemente. No parece necesario, sin embargo, proceder a un análisis específico de la doctrina del Fundador del Opus Dei sobre el sacerdocio ministerial, sino más bien, presuponiendo esa doctrina³², mostrar cómo se refleja, en sus escritos y en su enseñanza, el principio católico sobre la conexión entre ambos sacerdocios.

a) *Referencia del sacerdocio común al ministerial*

¿Qué relación dice el sacerdocio común de los fieles al sacerdocio ministerial? Esta es la primera cuestión que debe ser considerada. En realidad lo substancial a este respecto ha quedado ya dicho en los párrafos en que nos hemos referido al fundamento sacramental del sacerdocio común: hablar de fundamento sacramental equivale, en efecto, a hablar de Cristo Cabeza, y por tanto de las acciones a través de las cuales Cristo Cabeza se hace presente en la Iglesia a fin de incorporar a los hombres a su cuerpo y comunicarles su vida.

32. No existe todavía una exposición sintética al respecto, por eso remitamos a los textos del propio Mons. Escrivá —ver en especial la homilía ya citada en la nota 15—, así como a la semblanza ofrecida por Mons. Alvaro del Portillo en su escrito *Sacerdotes para una nueva evangelización*, en AA.VV., *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. Actas del XI Simposio Internacional de Teología*, Pamplona 1990, pp. 979-1.000; ver también, del mismo Mons. del Portillo, *Escritos sobre el sacerdocio*, 6.ª ed. ampliada, Madrid 1991 y *Una vida para Dios; reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1992.

El beato Josemaría tuvo una aguda conciencia del don que implica la gracia y, muy especialmente, del don que implica el hacerse presente de Cristo, fuente del vivir cristiano, en y a través de los ritos sacramentales. Los textos agustinianos en los que se proclama que es Cristo, y no el ministro, quien confiere la gracia, fueron, en más de un momento, tema de su oración. La expresión tomista, retomada y ampliada por la teología moderna, según la cual el ministro actúa *in persona Christi*, representando a Cristo, «impersonando» a Cristo, fue también para él objeto de consideración frecuente. En todo rito sacramental, y particularmente en la Eucaristía, es Cristo el protagonista: es a El, y no al ministro, a quien debe dirigirse la atención y la mirada.

Esta sentida convicción de fe, esta viva conciencia del origen trascendente de la gracia, le llevó, de una parte, a sentir hondamente su propia indignidad —y la de todo hombre— para la tarea ministerial (el ministro debería casi desaparecer para transparentar a Cristo, mejor, para desaparecer de modo que sólo se piense en Cristo); y, de otra, a marcar con absoluta claridad la dependencia genética que el sacerdocio común tiene respecto a Cristo y, por tanto, respecto al sacerdocio ministerial, acuñando a este efecto una expresión gráfica, que aparece con frecuencia en sus escritos: «el muro sacramental».

Todo cristiano coherente con su fe —comentaba, por ejemplo, en una entrevista concedida en 1968—, ha de ser apóstol en su propio ambiente de trabajo, procurando acercar las almas a Cristo mediante el ejemplo y la palabra; al proceder a esa tarea, debe actuar con conciencia de su vocación divina, pero sin olvidar —proseguía— que en ese empeño por «conducir a las almas por los caminos de la vida cristiana, se llega al *muro sacramental*»: «la función santificadora del laico —añadía, a modo de explicación— tiene necesidad de la función santificadora del sacerdote, que administra el sacramento de la Penitencia, celebra la Eucaristía y proclama la Palabra de Dios en nombre de la Iglesia»³³.

El cristiano, ha de ser consciente del sacerdocio real que el Bautismo le ha conferido y, por tanto, saberse habilitado para santificar el mundo y llevar la humanidad hacia Cristo, más aún, invitado a obrar en consecuencia, comprometiéndose de hecho, por el camino que a cada uno le sea propio, en una labor de santidad y apostolado. Pero debe recordar constantemente que él no se ha concedido a sí mismo, ni puede conceder a otros, la condición de cristiano: se es cristiano no como fruto del propio esfuerzo, sino en virtud del don

33. *Conversaciones*, n. 69.

que Cristo hace de su propia vida. La fe, y con ella toda la existencia cristiana, son don, y todo don reclama, para poder ser recibido, conciencia de su gratuidad y, en consecuencia, apertura, es decir, en el caso concreto que ahora nos ocupa, referencia a Cristo de quien el don proviene.

La metáfora del «muro sacramental» subraya precisamente esa doble realidad: la cercanía —e incluso, por así decir, la disponibilidad— de la gracia, y, a la vez, su gratuidad y trascendencia. El sacramento, el hacerse presente de la gracia a través de ritos sensibles, manifiesta, en efecto, la realidad del don divino: el amor de un Dios que lleva su entrega hasta colocarse en manos de los hombres, garantizando su presencia santificadora cada vez que se realicen los ritos sacramentales. Pero el sacramento subraya a la vez la trascendencia del vivir cristiano, que no fluye de la naturaleza humana, sino de Cristo, y se origina y desarrolla no de cualquier modo, sino precisamente en conexión con los ritos que Cristo ha confiado a su Iglesia.

La concreción que implica todo rito, y, más fuertemente aún, el hecho de que algunos ritos sacramentales reclamen la presencia de personas determinadas, aquellas precisamente que han recibido el don del sacerdocio ministerial, y, en consecuencia, el hecho de que, en momentos decisivos —el perdón de los pecados, la celebración de la Eucaristía...—, sea necesario acudir al sacerdote, al presbítero, le recuerda al cristiano, a lo largo de todo el decurso de su existencia ordinaria, que la vida de la que vive es vida ciertamente suya —si no fuera así, no sería vida—, pero como fruto de un regalo, de un don, al que debe constantemente abrirse a fin de radicarse y crecer cada vez más en él.

La existencia cristiana implica, en este sentido, una experiencia que puede ser descrita hablando de un «muro», de un verse situado ante lo que no depende de uno mismo o de fuerzas inmanentes a la propia persona, sino del querer soberano y libre de Dios. Pero se trata de un muro singular, puesto que existe precisamente para ser saltado, como Mons. Escrivá no deja de señalar, acudiendo precisamente ese verbo: «saltar»; un muro que no tiene por finalidad separar, sino más bien unir: su razón de ser no es otra que recordar la trascendencia de lo que está más allá, suscitando así la disposición de ánimo que permite acceder a su posesión.

La economía sacramental, y el sacerdocio ministerial que tiene en el servicio a esa economía su razón de ser, se presentan así como la condición de posibilidad —en el presente orden salvífico— del sacerdocio común y de su adecuado ejercicio. En primer lugar, porque el sacerdocio común presupone genéticamente el sacerdocio ministerial —al que remite a través de los sacramentos del Bautismo y,

sobre todo, de la Eucaristía—, pero también, y paralelamente, porque el cristiano toma conciencia de su sacerdocio real en cuanto don otorgado por Cristo precisamente en constante referencia al sacerdocio ministerial, que le sitúa así, de modo personal y vivo, ante la fuente de su existir. Y es esta doble realidad lo que la metáfora sobre «el muro sacramental» recalca de modo a la vez gráfico y concreto.

b) *Referencia del sacerdocio ministerial al común*

Pero si el sacerdocio común está referido al ministerial, es también cierta la inversa: el sacerdocio ministerial está referido al común. La razón formal de una y otra referencia es, sin embargo, diversa: en el primer caso, esa referencia obedece al registro propio de la génesis o causalidad; en el segundo, al de la finalidad. El sacerdocio común existe, como acabamos de subrayar, en dependencia del sacerdocio ministerial; éste, a su vez, presupone el sacerdocio común —el sacramento del Orden puede ser recibido sólo por quien ha sido ya bautizado— y se ordena a él. El sacerdocio ministerial no existe para sí mismo, sino para el sacerdocio común; o, dicho en términos más concretos y acabados, para la comunicación efectiva de la gracia y su plasmación en la vida del cristiano.

Las implicaciones existenciales de esa realidad pueden ser expresada en una sola palabra: servicio. Nos encontramos aquí con uno de las ideas más hondamente grabadas en la experiencia espiritual del Fundador del Opus Dei y más fuertemente recogidas en su predicación. A lo largo de su vida meditó muchas veces, refiriéndolo a su propia condición sacerdotal, aquél *non veni ministrari, sed ministrare*, «no he venido a ser servido, sino a servir», que Cristo dijo de sí mismo³⁴. Y, muy desde el principio, expresó esos sentimientos con una frase a la que acudió como a verdadero resumen de la actitud espiritual y de la disponibilidad de entrega que reclama la condición de ministro de Cristo: «el sacerdote debe colocar el corazón en el suelo para que los demás pisen blando»³⁵. El ministro, el presbítero, el obispo, están al servicio de la Iglesia, del cristiano, del mundo entero, y esta realidad debe marcar radicalmente su conducta y su vida, introduciendo en ellas una dinámica que conduzca al olvido de

34. Mt 20, 28.

35. Cfr. A. Sastre, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1989, pp. 285-286, refiriendo recuerdos, que remiten a 1936, de D. Pedro Casciaro, que, una década después, formaría parte de una de las primeras promociones de miembros del Opus Dei que recibieron el sacramento del Orden. Sobre la importancia que esta concepción del sacerdocio ministerial como servicio tiene en el espíritu y la configuración del Opus Dei, ver A. de Fuenmayor, V. Gómez-Iglesias y J.L. Illanes, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, Pamplona 1989, p. 44.

sí, orientando la existencia a cuanto contribuya a la edificación del hombre en Cristo.

El sacerdote ministerial tiene, en suma, una doble referencia: de una parte, a Cristo, que se sirve de él para hacerse presente en la Iglesia como cabeza que vivifica a su cuerpo³⁶; de otra, la comunidad cristiana, a cuya edificación se ordena, de tal manera que en ese ir desde los hombres a Cristo y desde Cristo a los hombres encuentra su propia razón de ser³⁷. El ministro se realiza como tal —y en consecuencia también como cristiano— precisamente en la medida en que, prescindiendo de todo protagonismo personal, se ordena por entero al servicio del Cristo total, cabeza y cuerpo.

Aquí, como en ocasión anterior, podríamos ampliar nuestras consideraciones, descendiendo a aspectos concretos, tanto ascético-espirituales, como eclesiológicos³⁸; pero limitémonos a lo ya dicho, pues es suficiente para documentar, siguiendo los escritos del beato Josemaría Escrivá de Balaguer, la mutua conexión entre sacerdocio ministerial y sacerdocio común: el modo en que las dos participaciones del único sacerdocio de Cristo remiten la una a la otra, realizando así esa complementariedad que caracteriza, desde múltiples y diversas perspectivas, la vida de la comunidad cristiana.

36. «¿Cuál es la identidad del sacerdote?», se preguntaba Mons. Escrivá en homilía ya citada, para responder inmediatamente: «la de Cristo»; «todos los cristianos —añadía, en texto significativo pues aspira a marcar las diferencias entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial— podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental» (*Sacerdote para la eternidad*, en *Amar a la Iglesia*, p. 68).

37. Sobre este punto y sus implicaciones espirituales, nos permitimos remitir a nuestro estudio *Identidad y espiritualidad del ministerio sacerdotal*, en «Communio. Revista católica internacional», 12 (1990) 396-409.

38. En este último campo habría que mencionar, muy especialmente, las implicaciones de esta doctrina en orden a la comprensión de las relaciones sacerdocio ministerial-laicado, punto al que, lógicamente, Mons. Escrivá dedicó gran atención; como exposición sintética de sus orientaciones al respecto, remitamos a *Conversaciones*, nn. 58-59, no sin recordar que la distinción sacerdocio ministerial-sacerdocio común y la distinción sacerdotes-laicos, aunque están relacionadas, no se identifican.